

Impresiones sobre El Saludador de Roberto Cossa

Los anuncios de un teatro nuevo, si no en las estructuras dramáticas, por lo menos en su fondo humano y en su sustancia ideológica, pueden encontrarse, en los primeros años del siglo, en algunos de esos autores cuya obra había nacido y en muchos aspectos se había desarrollado en el ámbito de los contenidos culturales de la última parte del siglo XIX. Se percibe una utilización más matizada y sensible de estos contenidos, es decir, una maduración psicológica y expresiva cada vez más íntima de los temas que de diferentes maneras el teatro naturista y regional había destacado.

En la técnica de este teatro —ambientación, escenografía, diálogo, construcción de los personajes— es posible advertir las señales de esa crisis profunda que vemos en su primera aparición y que, a través del teatro intimista y espiritualista y, sobre todo, a través del gran ejemplo de Chejov, la dramaturgia realista del siglo XIX padeció en los primeros años del siglo XX. Un realismo más sutil, atormentado, más desolado e inquieto, anima ahora las ambiciones escénicas del nuevo teatro europeo, que, después de tanta preferencia por el documento objetivo y por el registro impasible del ambiente físico y social, vuelve, enriquecido por la experiencia, a interrogar al hombre, sujeto de la crisis del romanticismo tardío, criatura de una civilización que en su conformismo y en su decoro exterior pareciera haber olvidado las premisas revolucionarias que la alimentaran: el hombre, ya no como instrumento de relaciones y factores determinantes en un medio naturista, sino como conciencia, perplejidad, sufrimiento, testimonio de un fracaso y anuncio de una vital recuperación. La indagación se vuelve más delicada e íntima, subjetiva y *atmosférica*, y en los problemas, los sucesos y la historia de los hombres se encarnan los grandes conflictos ideológicos y los grandes problemas de una ética nueva.



Nace el realismo que se prolonga hasta nuestros días, basado en un concepto clave del romanticismo. El hombre está determinado por el ambiente en que se desarrolla. En el siglo XX lo encontramos alienado por el trabajo y por la imposibilidad de ejercer una libertad básica: la creación. El realismo se convierte en denuncia de una sociedad mal conformada, donde se pierde la dimensión humana.

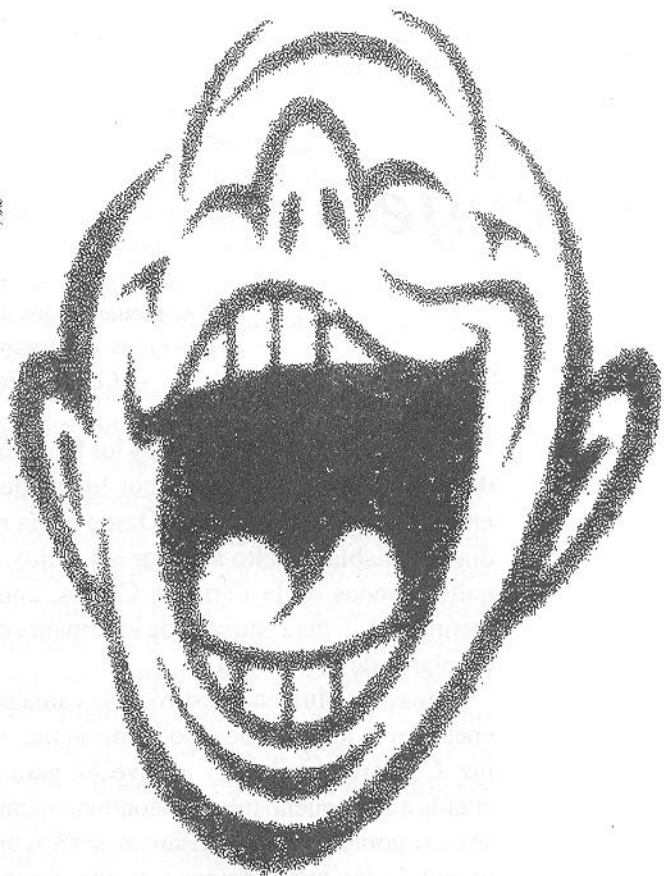
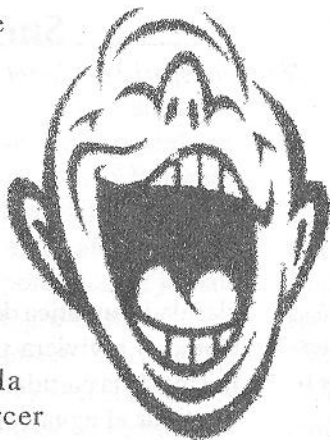
En Argentina, esta cosmovisión teatral se evidencia en obras de autores como Mauricio Dragún, Gorostiza, Cossa, etc.

Del último autor citado se está representando en el teatro San Martín, con las brillantes actuaciones de Hugo Arana, María Cristina Láurenz y Gerardo Serre, dirigidos por Daniel Marcove, *El saludador*, pieza nacida, según cuenta su autor, de una narración oral de Guillermo Pinamonti. La existencia de sus personajes es una prisión de formas aparentes y un informal transcurrir a la deriva: sus ilusiones y sus necesidades se enfrentan, se excluyen, renacen, mueren.

El autor convoca un caso grotesco: criaturas del sufrimiento, con múltiples situaciones sin salida, prisioneras de un gesto absurdo y desconcertante, de almas rebeldes que se pierden en la intolerancia de los límites sociales, condenadas al desamparo, anhelantes de amor y deseosas de una irrealizable libertad.

La dialéctica entre las dos dimensiones fundamentales de la configuración de la obra, la realista y la simbólica, es la condición básica que explica los caracteres de los personajes y los ambientes, el lenguaje y las técnicas utilizadas.

La obra está atravesada por los comentarios, dirigidos al público, de Marucha, cuyo drama reside en el límite entre la angustia y el sufrimiento; llora y ríe, a la vez que razona, pero, lejos de dar un alivio



para su padecimiento, la razón ofrece la conciencia de su destino: la ambigüedad. Debemos ser ambiguos, pues sólo los que poseen esa condición triunfan en la vida. Se ha decretado, en esta sociedad en la que vivimos, la vulgaridad e ineficacia de la franqueza, de la transparencia.

Recorriendo el mundo en la búsqueda de experiencias *humanitarias*, pero ignorando la tragedia de su propia casa, el esposo de Marucha —víctima y victimario— culmina sus días, en su condición de pequeño burgués lisiado, convertido en «el saludador», interesante metáfora de determinado tipo social de nuestra sociedad actual.

Entre ambos, el hijo. Extraviado en la búsqueda de un aumento, transita sus días entre los esporádicos y fantasiosos relatos del padre y los complejos y desesperados consejos de su madre, evidenciando así una problemática laboral latente.

Pero más allá de situaciones puntuales, la pieza alude a la esencia del hombre actual: la búsqueda infructuosa del propio espacio de realización.